LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 12 DE DICIEMBRE DE 1887 — NUM. 311

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OTOÑO, dibujo de St. Rejchan

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*La casa maldita*, por la Baronesa de Wilson.—*El violín de un maestro de aldea* (conclusión).—*Don Ramón Picatoste* (conclusión), por don Fernando Araujo.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*Otoño*, dibujo de St. Rejchan.—*Roca del Papa*, cuadro de Owaldo Achenbach.—*La cuna del grumete*, cuadro de A. Guillou.—*Fernando el Santo*, cuadro de Casanova.—*Jinetes tunecinos*, cuadro de Ch. Speyer.—*Las hijas del mar*, cuadro de A. Delobbe *Puerta principal del castillo de Monjuich* (Barcelona), dibujo de F. de V. Ros.—*Caballete-mueble de salón*, composición de D. Francisco del Villar (hijo).—*Física sin aparatos.*

NUESTROS GRABADOS

OTOÑO, dibujo de St. Rejchan

La personificación de las estaciones es asunto que en todos tiempos ha tentado á los artistas. Las combinaciones que se han formado para dar idea del calor y del frío y de entrambas primaveras, son innumerables. Aspirar á la originalidad en semejantes obras de arte, es pretender lo imposible. Una especie de convención tácita ha hecho que las estaciones fueran casi unánimemente representadas por figuras de mujer: únicamente el invierno ha revestido alguna vez la forma de varón. Esta preferencia se explica fácilmente: desde que se trata de idealizar, la mujer, sea dicho con perdón del sexo masculino, secunda más poderosamente las ilusiones del artista. Pese á Antinóo y pese á Narciso, todos los pintores del mundo han apelado á la mujer cuando se ha tratado de la belleza de la forma y de la idealización del pensamiento.

Rejchan no ha inventado por cierto su alegoría del Otoño: antes bien la idea de la ninfa cazadora y de la vid pomposa es vulgar en tal caso, á puro haberse reproducido. Mas no puede negarse que á falta de una originalidad no pretendida por el autor, su dibujo es tan correcto como elegante, habiendo conciliado felizmente la robustez y la morbidez de la forma. Si las compañeras de Diana hubieran existido en realidad, de fijo debieran haberse parecido á la cazadora de Rejchan.

ROCA DEL PAPA, cuadro de Owaldo Achenbach

No lejos de la sede de los sucesores de San Pedro, álzase, desnuda y agreste, una peña, desde la cual se abarca, formando delicioso panorama, la vista de la *Campagna*, de la Ciudad Eterna y del mar. Para llegar á su cumbre hay que atravesar la única calle de una aldea sucia y miserable, adosada á la roca; mas de tal suerte bañada por el sol de Italia, que el espectador cree tener bajo sus plantas al pueblo más sonriente y feliz de la tierra.

El principal mérito de este cuadro consiste en la acertada combinación de la realidad y de la poesía, de tal suerte que se destaque en él la severidad solemne característica de aquellas comarcas históricas, en las cuales los templos, los castillos, las casas y las chozas, si de una parte son testimonio de los estragos del tiempo, de otra parte no han podido ser despojados de su antigua grandeza. Cual los rayos del sol en su ocaso lanzan sus destellos sobre este paisaje, espejo del presente, así los destellos de un pasado de dominación universal parecen irradiar de esas ruinas que fueron habitadas un día por los señores del mundo.

LA CUNA DEL GRUMETE, cuadro de A. Guillou

Dice un refrán que Dios da el frío según las mantas. Solamente así se concibe que tantos tiernos infantes bien parcamente atendidos, atraviesen épocas difíciles de la vida y venzan sus crisis con más fortuna que los hijos de los grandes señores. Ahí está sino el vástago del esforzado marinero: para resguardarlo del aire, le guarece su madre detrás de una roca. Pegado á ella se pasa las horas muertas; cualquiera le compararía á un molusco. Escasas ramas forman su lecho; una vieja lona le defiende contra el frío; su cuna no tiene condición alguna de las prevenidas por la higiene escrita. Y sin embargo, duerme tranquilo, se cría rollizo y cuando llegue el tiempo de acompañar á su padre sobre el agitado mar, sus carnes serán duras, su musculatura será de acero, y en su mirada viva y en su color sano se reflejarán los alientos de su pecho varonil.

¿Será, tal vez, que el Señor depara un ángel cabe los hijos de los pobres?... Si éstos tienen madre, ¿qué otro ángel necesitan en los primeros años de su vida? Fijémonos en nuestro cuadro, y al hacernos cargo de la tierna solicitud con que esa mujer atiende á su hijo, ya nos parecerá éste menos desgraciado y comprenderemos que el ángel de la infancia toma las más de las veces la forma irreemplazable de la maternidad.

FERNANDO EL SANTO, cuadro de Casanova

Con justicia fué adjudicada á este cuadro una medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas artes. El célebre monarca, espanto del alarbe, ha reunido en su palacio á buen número de pobres y por sus propias manos les sirve los manjares que su inagotable caridad les tiene preparados. La figura del monarca es quizás la menos feliz del lienzo. Su actitud es bastante vulgar y en su semblante, más envejecido y enfermizo de lo que su edad y esfuerzo nos permiten suponer, no trasciende el ánimo del esforzado conquistador que ganó á los moros tantas tierras y tan importantes ciudades.

En cambio los diez mendigos instalados en la mesa son modelo de expresión, así por sus semblantes como por sus actitudes. Desde el que traga vorazmente los manjares para acallar el hambre, sin respeto al rey ni á los magnates, hasta el que contempla al piadoso monarca como á la Providencia se puede contemplar, el autor ha recorrido todos los tonos y obtenido del arte la manifestación de varios y hermosos afectos. Sin saber porqué, el lienzo de Casanova recuerda algo de la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci.

JINETES TUNECINOS, cuadro de Ch. Speyer

Quizás correspondería mejor á este cuadro, ó fragmento de él, el título de jinetes beduínos, pues beduínos parecen ser esos dos africanos que huyen cuerdamente de las balas francesas. El beduíno es el mayor enemigo de Francia, precisamente porque Francia representa á la civilización y la del beduíno es poco menos que embrionaria. Raza esencialmente nómada, su existencia tiene notable semejanzan con la de aquellas grandes hordas de gitanos que son de ver, aun hoy día, en el Sud de Rusia y en las provincias que baña el Danubio. Sobre el terreno en que le place descansar levanta el beduíno sus aduares, y cuando no tiene de qué alimentarse se apropia lo ajeno, de buen ó mal grado de su dueño. Quien coarta su libertad salvaje es su enemigo. El francés pone un dique á sus correrías; luego el francés ha de ser el blanco de su odio. Desgraciadamente para el beduíno, la civilización no sólo posee la luz del Evangelio, sino las armas de fuego más perfeccionadas, al lado de las cuales las espingardas africanas suponen lo que la carabina de Ambrosio.

En el cuadro de Speyer, el proyectil francés derriba á uno de los jinetes y el otro de ellos se aleja, sin cuidar de su compañero, blandiendo su impotente arma ofensiva y lanzando toda suerte de imprecaciones contra los enemigos de su ley y de su raza. La figura principal del cuadro podría figurar sin desventaja en el célebre lienzo de la Smala.

LAS HIJAS DEL MAR, cuadro de A. Delobbe

¿Son hermanas esas dos jóvenes que, sentadas en la arena de la playa, parecen interrogar el horizonte, que es como si dijéramos interrogar el porvenir? Ambas á dos parecen dirigirse á sí propias una misma pregunta:

—¿Vendrá?...

Y cuando realmente venga, ¿querrá Dios que la alegría de una de las jóvenes no sea el contraste de la amargura de su compañera? La felicidad de la una, ¿dará muerte á las ilusiones de la otra?... Que entrambas coinciden en un mismo pensamiento, parece indudable: el artista lo demuestra con felicísimos rasgos y esta es la principal condición del cuadro.

La solución del problema no está á nuestro alcance: Delobbe le ha planteado simplemente. Si se ha hecho comprender, como nosotros así lo creemos, no necesita más triunfo.

Puerta principal del castillo de Monjuich (Barcelona)

Cuando en 1640, durante el famoso día del *Corpus de sangre*, dieron los barceloneses el grito de *¡Viva Felipe IV! ¡Abajo el mal gobierno!* comprendieron que impondría su yugo á la ciudad la fuerza armada que ocupase la cumbre del elevado monte que al Sudoeste de aquélla se levanta. A esta idea obedeció la primera fortificación del Monjuich (*Mons Jovis*, ó tal vez Montaña de los judíos); y nunca tan triste ocurrencia tuvieran, pues llamada la atención de los estratégicos hacia ese punto fuerte, ¡cuántas y cuántas veces el castillo ha hecho llorar á la ciudad lágrimas de sangre!...

La fábrica actual es debida muy principalmente á las tropas del duque de Anjou (Felipe V), y basta recordar hasta qué punto resistió Barcelona á los enemigos del archiduque de Austria, el ingrato ídolo de los catalanes, para comprender la no santa intención con que fué construída esta fortaleza. En ella agotaron los recursos de la ciencia famosos generales que la juzgaron inexpugnable. Pero los tiempos han cambiado, y el castillo de Monjuich tiene escasísima importancia militar y podría oponer muy débil resistencia á la artillería que coronase las alturas de las montañas que limitan el llano de Barcelona.

Mole de piedra que sólo excita tristísimos recuerdos, nada perderían las armas españolas con la desaparición de una fortaleza, que trae á la memoria los excesos y las violencias que todos estamos interesados en relegar al olvido.

CABALLETE-MUEBLE DE SALÓN composición de D. Francisco del Villar (hijo)

Desde que el buen tono y el buen gusto se han puesto de acuerdo para rendir al arte debido homenaje, el caballete, que antiguamente era un tres pies confinado en el desnudo taller de un pintor casi no menos desnudo, ha sido elevado á la categoría de mueble de salón. El dibujo que publicamos, ideado para tributar un recuerdo á la malograda hija de los señores condes de Figuerola, demuestra cuánto partido puede sacarse del objeto más trivial, cuando su ejecución se confía á verdaderos artistas. El proyecto del señor Villar, por su elegancia y acertada combinación simbólica, merecía ser tan bien modelado como lo ha sido por D. Luis Ferreri y ejecutado tan delicadamente como lo ha sido por el señor Deulofeu.

SUPLEMENTO ARTISTICO

DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de A. Zick

El amor es tan antiguo como el hombre; mejor dicho, es tan antiguo como el hombre y la mujer reunidos en un mismo punto de la tierra. Unicamente á los mitólogos del paganismo pudo ocurrirse la grosera idea de que un hombre, Narciso, pudiera enamorarse de sí mismo. El Génesis, que no se permite bromas en asuntos tan serios, nos dice que Adán se hallaba bastante aburrido nada menos que en el paraíso, precisamente por no tener á quien dedicar este afecto á que hemos convenido en llamar amor. Circunstancia que decidió sin duda al Creador en la elaboración de Eva, por más que la eterna sabiduría previera el tropezón que había de dar el primer hombre al chocar con el capricho de la primera mujer. Dios les tome en cuenta que su naturaleza era de barro, y que esta materia es de por sí frágil y deleznable...

Damos, pues, por establecido sin discusión que donde existen hombre y mujer existe amor: indiscutibilidad que constituye el fundamento del cuadro que reproducimos. Su autor no nos dice precisamente que esas dos figuras sean las de Adán y Eva; pero es indudable que pudieran serlo. Esa encantadora pareja, por la soledad que reina en torno y por el traje, ó más bien por el *no traje* que viste, cabe que represente á los primeros pobladores del mundo: prescindiendo de la caza muerta y de las reses vivas, de que no se preocupan gran cosa los amantes.

Zick se ha propuesto seguramente pintar el amor de los hombres en estado natural, y lo ha conseguido de sobra por medios... quizás sobradamente naturales.

LA CASA MALDITA

EPISODIO DE LA VIDA REAL

I

El ambiente era tibio y embalsamado por los mil aromas que se desprenden de las campesinas flores, sobre todo en esa feraz tierra americana en donde jamás falta á los campos el atavío y lujo de la naturaleza.

El cielo, puro y azul, tenía horizontes de oro y rosa sobre fondo oscuro; anunciaban el *Pampero* ráfagas de colores brillantes que parecían sumergirse en las inquietas ondas del majestuoso Plata, río de recuerdos históricos y manantial fecundo de la riqueza argentina. El crepúsculo esparcía melancólicas sombras, y al morir el día, al empezar el reinado de la noche causaba esa tristeza vaga é indefinible que evoca recuerdos del pasado y encierra algo de solemne y misterioso.

Por una de las calles de Barracas, semi-arrabal de Buenos Aires, caminaba un hombre completamente abstraído en sus reflexiones y sin fijarse en la poesía de aquella hora, ni en la imponente soledad que le rodeaba, no interrumpida sino por el rumor acompasado de las olas del coloso americano.

Había llegado hasta un sitio en donde las casas estaban á mayor distancia unas de otras: la población, que se extiende cada día más, concluía allí, y una profunda barranca cortaba los terrenos destinados á nuevas construcciones.

Tomó á la derecha é internándose por el campo se dirigió á una especie de quinta, que se descubría á no muy larga distancia.

—¡Qué calor tan insoportable!—murmuró aquel hombre, quitándose el sombrero; —este clima no conviene á mi temperamento: felizmente mi fortuna está asegurada y dentro de poco abandonaré estas playas para regresar á mi hermosa Andalucía, á mi Sevilla, que he creído muchas veces no volver á ver. Allí me espera mi anciana madre: allí también suspira por mí una mujer que me ama con idolatría, y á quien yo casi he olvidado por amores del momento, por caprichos de una hora. ¡Pobre Dolores! ¡fiel y resignada durante diez años! ¡Cuán ajena estarás de pensar que estoy soñando contigo y que dentro de algunas semanas estaré á tu lado, ante el altar, santificando nuestro amor y recibiendo la bendición del altísimo! ¡Oh! Sevilla, Sevilla,—continuó casi en alta voz adelantándose lentamente hacia la quinta: —me parece verme ya en las orillas del risueño Guadalquivir, en cuyas límpidas aguas se miran, como en purísimo espejo, la histórica Torre del Oro, el barrio de Triana y los frescos arbustos que crecen á favor de las tranquilas ondas.

Aceleró el paso y levantando un pestillo de la puerta de hierro que conducía al jardín, penetró en éste, subió tres ó cuatro escalones y se disponía á entrar en una habitación situada á la izquierda, cuando un muchacho de catorce á quince años, saliendo á su encuentro, le entregó una carta.

—¿No han venido Galaza ni Campos?—preguntó.

—No, señor; todavía no.

—¿Y la Martina ha dejado todo preparado para la cena?

—Todo, amito; no tengo más que servir.

—Bien: y el recién llegado entró en una sala alumbrada por la clarísima luz que despedían varios mecheros de gas.

II

Era Fernando Alvarez joven y gallardo: su belleza varonil y su tipo puro español.

Laborioso, activo y honrado, había logrado en pocos años reunir regular fortuna, y desde la casa de comercio á donde fué dirigido á su llegada de España se había trasladado á la que por su cuenta estableció. Su vida no había tenido página sombría, y los recuerdos de aquellos diez años eran los de un joven alegre, amable y apasionado.

Gozando de generales simpatías no contrajo sin embargo sólidas amistades, y al abandonar las orillas del Plata sólo un sentimiento fraternal le causaba profundo pesar.

Tenía un amigo, uno solo; joven como él, rico y casado con una de esas criaturas que hacen enloquecer con su hermosura y que por los defectos de carácter ejercen perniciosa influencia sobre aquellos que las rodean.

Aura Galaza amaba el lujo con pasión y era capaz de sacrificar lo más sagrado por satisfacer uno de sus caprichos.

Coqueta y vanidosa, había disipado en dos ó tres años una gran parte de la fortuna de su marido, quien ciego ante la luz de sus ojos garzos, ni sabía ni podía negarle nada.

Fuertes hipotecas pesaban sobre sus fincas y corría el rumor que para comprar el último aderezo que lució en un baile del Presidente, había hecho que Galaza, enajenara una finca.

Vivían en una hermosa y elegante casa de la calle Rivadavia y precisamente en el momento en que Alvarez preguntaba por su amigo, éste, recostado en una butaca, escuchaba las palabras que en voz baja pronunciaba Aura apoyada en el respaldo del sillón y magnetizándole con su sonrisa.

—¿De modo que no has tenido valor?...

—No: lo confieso. Es tan generoso, tan bueno, tan confiado, que me parece imposible intentar lo que me aconsejabas.

—No conociéndote..... jamás podrá adivinar ni aun sospechar... Miguel está dispuesto.

—Sí, lo sé: tu hermano es tan gastador, tan vicioso, que todo es poco para él.

—Bueno; no hablemos más: no insisto. Dentro de algunos meses tendremos que abandonar esta casa, vender el coche y buscar en donde tú y yo podamos trabajar.

—Ocuparte tú en los detalles de la vida ¡oh! alma mía, jamás: mi tesoro, mi Aura, reducida á maltratar sus pies con las piedras de la calle y sus preciosas manos con la aguja ó la máquina?... nunca: día y noche me desvelaré para ganar cuanto pueda para tí... eres tan hermosa,—añadió mirándola embelesado,—tan hermosa y tan amada, que me moriría de desesperación si tuvieras que privarte de tus comodidades y perder lo más insignificante de cuanto hoy te rodea.

Y Galaza atrajo hacia sí á su esposa y la besó y abrazó apasionadamente.

—Todos nuestros acreedores empiezan á ser exigentes y hablan de concurso y de repartirse nuestra quinta de Belgrano, la hacienda y esta casa... perdóname,—repuso amorosamente;—por eso te decía amor mío, pero más

DECLARACIÓN DE AMOR, CUADRO DE A. ZICK

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE

ROCA DEL PAPA, cuadro de Owaldo Achenbach

vale no pensar en ello... con tal de no separarme de tí, me conformo á privarme de todo, á vestir percal en vez de blondas; porque te adoro.

Aura conocía el poder de sus palabras y la fascinación de su belleza.

Galaza se levantó bruscamente.

– Adiós,—le dijo,—acuéstate y no me esperes.

– ¡Qué esperanza (1)! con la noche que está, ¿vas á salir? no, no: ¿no oyes el Pampero? se ha desencadenado con furor y...

– Mañana se marcha,—añadió Galaza con voz sorda.

Una terrible sacudida hizo crujir las puertas y ventanas y movió la casa como bajo el impulso de un temblor de tierra: era efectivamente el Pampero.

Galaza, sin temor al huracán, salió precipitadamente y en la puerta se chocó con alguien que entraba.

– ¡Miguel!—exclamó.

– ¿Salías?—interpeló el hermano de Aura.

– Sí: ven conmigo; Alvarez nos espera: le ofrecí ir esta noche á cenar.

– Mañana marcha...

– Lo sé.

– Es preciso aprovechar el tiempo,—repuso intencionadamente Miguel.

El Pampero era en aquel instante tan violento que los dos hombres tuvieron que apoyarse el uno en el otro, para no ser arrastrados.

Inútilmente quisieron buscar un carruaje: las calles estaban desiertas y no pudieron conseguirlo sino en la esquina de la del Perú. En la entrada de Barracas se apearon y despidieron al cochero.

El viento soplaba con furor y su soberbia había irritado las olas del Plata, que bramaban levantándose gigantes y amenazadoras.

Miguel y Galaza llegaron á la quinta y encontraron á Fernando, cuidadoso y preocupado.

– Pensé que el Pampero impidiera nuestra despedida: es más fuerte que nunca y tal vez sea la causa de la profunda tristeza que me domina.

– Triste, ¿cuando vas á conseguir todo lo que ambicionabas?—dijo Galaza.

– Sí: me parece que escucho gemidos y sollozos: cuando pienso en la distancia que me separa de la mujer que amo, me parece imposible pueda salvarla: ¡Dolores! sólo la muerte podría impedirlo...

Miguel se estremeció y su mirada se cruzó con la de Galaza.

– A cenar; aleja ideas lúgubres y piensa en nuestra promesa,—dijo Galaza:—iremos á Sevilla á conocer á Dolores y á darte la enhorabuena.

– Manolo,—gritó Alvarez,—Manolo, ¿se habrá dormido?

Efectivamente, el muchacho, asustado por el Pampero, se había escondido en su cuarto, en donde envuelto en su poncho dormía profundamente.

– Todo está preparado encima de la mesa: no lo necesitamos,—añadió Fernando:—podéis pasar al comedor, interín voy un momento á mi dormitorio.

Y el joven, dominado por vagos presentimientos, por algo inexplicable, entró en una pieza contigua en la cual, baúles, sacos de noche y cajas rotuladas, denunciaban la próxima partida.

Alvarez se acercó á una mesa, tomó una cartera, la abrió y sacó dos retratos: el de una anciana y el de una hermosa joven.

– Pobre madre mía: ojalá Dios me conceda darte pronto un abrazo. Dolores, Dolores, me parece que esta noche amo á las dos con mayor intensidad. ¿Por qué?

El Pampero rugía en aquel instante como león encadenado.

– Qué terrible noche; afortunadamente me acompañan Galaza y Miguel... sin duda también la idea de separarme del primero me produce desaliento y pesar.

Minutos después los tres jóvenes comían, bebían y charlaban alegremente.

– ¿Pasado mañana pasarás el día en Montevideo?—preguntó Galaza.

– Sí; saliendo de aquí en la noche, llego de madrugada al Uruguay y me embarco para Europa á las seis de la tarde; tengo suficiente espacio para ver al banquero y tomar mis letras: toda mi fortuna la he reducido á billetes de banco y á cartuchos de oro; mi amistad con el director del banco Magua, hará más ventajoso para mí tomar allí las letras, y mis trescientos mil *patacones* (2) darán venturosa vejez á mi madre y risueña existencia á mi Dolores.

Los dos jóvenes no contestaron, pero palidecieron densamente.

– Nos darás hospitalidad por esta noche,—dijo Galaza;—el viento arrecia y mi casa está lejos.

– Gracias, amigo mío; pensaba en eso mismo: vamos al fumador por última vez.

Y levantándose pasó delante para abrir la puerta.

No tuvo tiempo: Miguel y Galaza, se arrojaron sobre él y lo sujetaron.

Lo inesperado del ataque, la sorpresa y la indignación, paralizaron por completo á Fernando.

– Si lo dejamos con vida somos perdidos:—dijo ferozmente Miguel.

Alvarez intentó gritar: quiso defenderse y librarse de los robustos brazos que le oprimían; fué en vano, cayó bañado en su sangre y sin duda sus labios en la agonía balbucearon dos nombres: el de su madre y el de Dolores.

El ingrato amigo y su cómplice se repartieron el oro y los billetes que en una maleta de mano encontraron y algunas joyas adquiridas para engalanar á la bella prometida.

Aura triunfaba y Miguel tenía para seguir por la senda del vicio.

Alvarez, palpitante aún, fué arrastrado hasta la barranca y arrojado en ella; el Pampero era cada vez más fuerte y los dos asesinos creían á cada instante ser arrollados por aquel poderoso auxiliar que había alejado de Alvarez hasta el único testigo que en la casa existía.

Sus presentimientos no le engañaron y en vez de volver á su alegre Sevilla tuvo ignorada tumba en América.

La mujer que por su inmoderado deseo de brillar, armó el brazo de los asesinos, será hoy anciana y madre tal vez, ¿y la sombra de Alvarez no habrá turbado sus noches y sus horas de alegría?

La casa en donde tuvo lugar el terrible drama conservó durante algún tiempo el nombre de *La Casa Maldita*.

El terrible episodio circuló de boca en boca y en vano la justicia, quiso apoderarse de los asesinos.

Habían buscado asilo en la vecina república del Uruguay.

La providencia les habrá castigado.

LA BARONESA DE WILSON

(1) Palabra muy usual en Montevideo y Buenos Aires.

(2) Duros.

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Conclusión)

—¡Inglaterra!

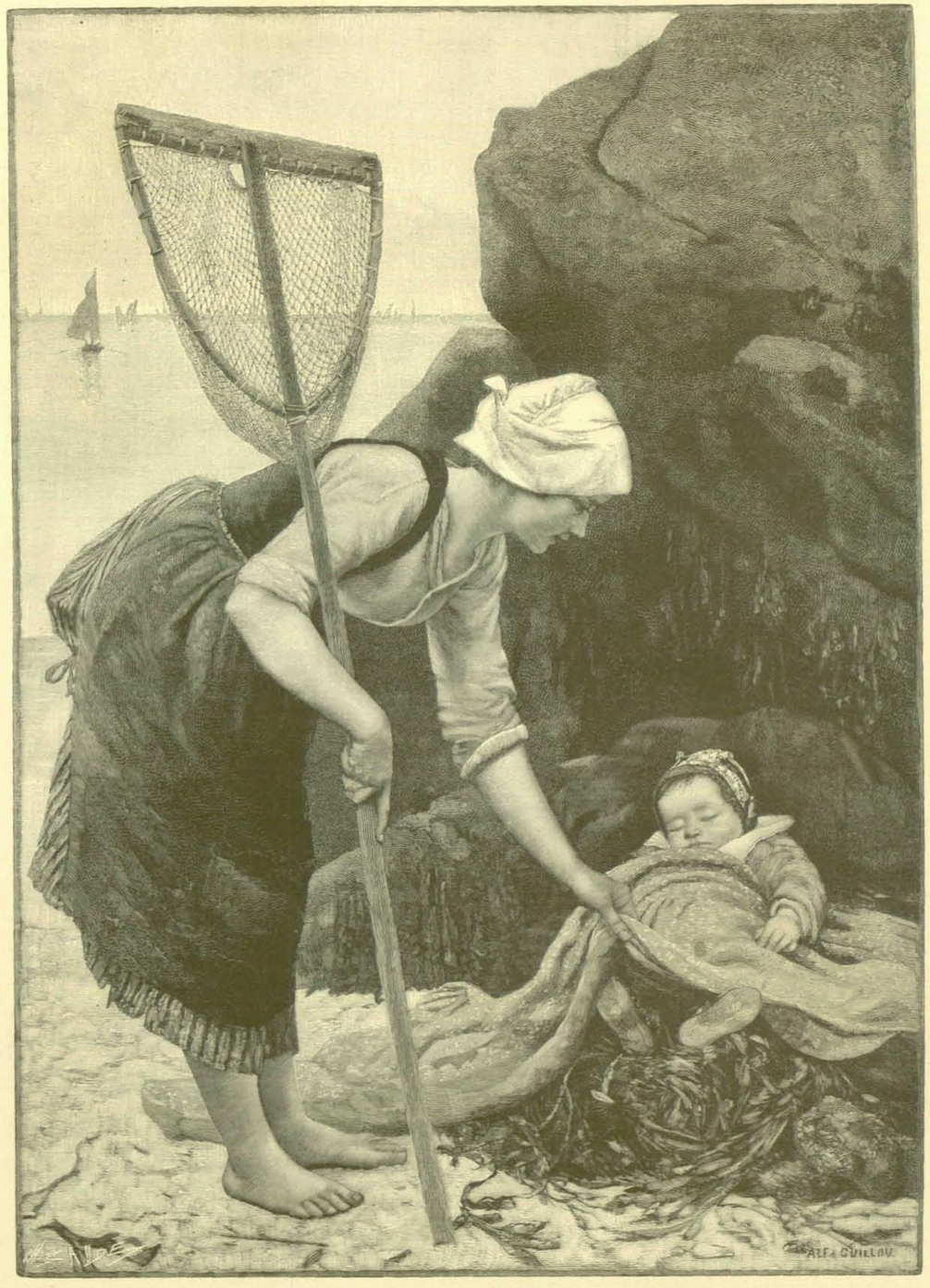
—Ese pueblo, – dijo Florencio, – ha sido el enemigo más encarnizado de mi patria y seremos enemigos, mientras permanezca en ella. – Dejémosle pasar.

VII

Ya el planeta en su rotación iba sepultando en la noche la parte oriental de Europa y presentando á la vista de los viajeros la silenciosa superficie azul del Atlántico.

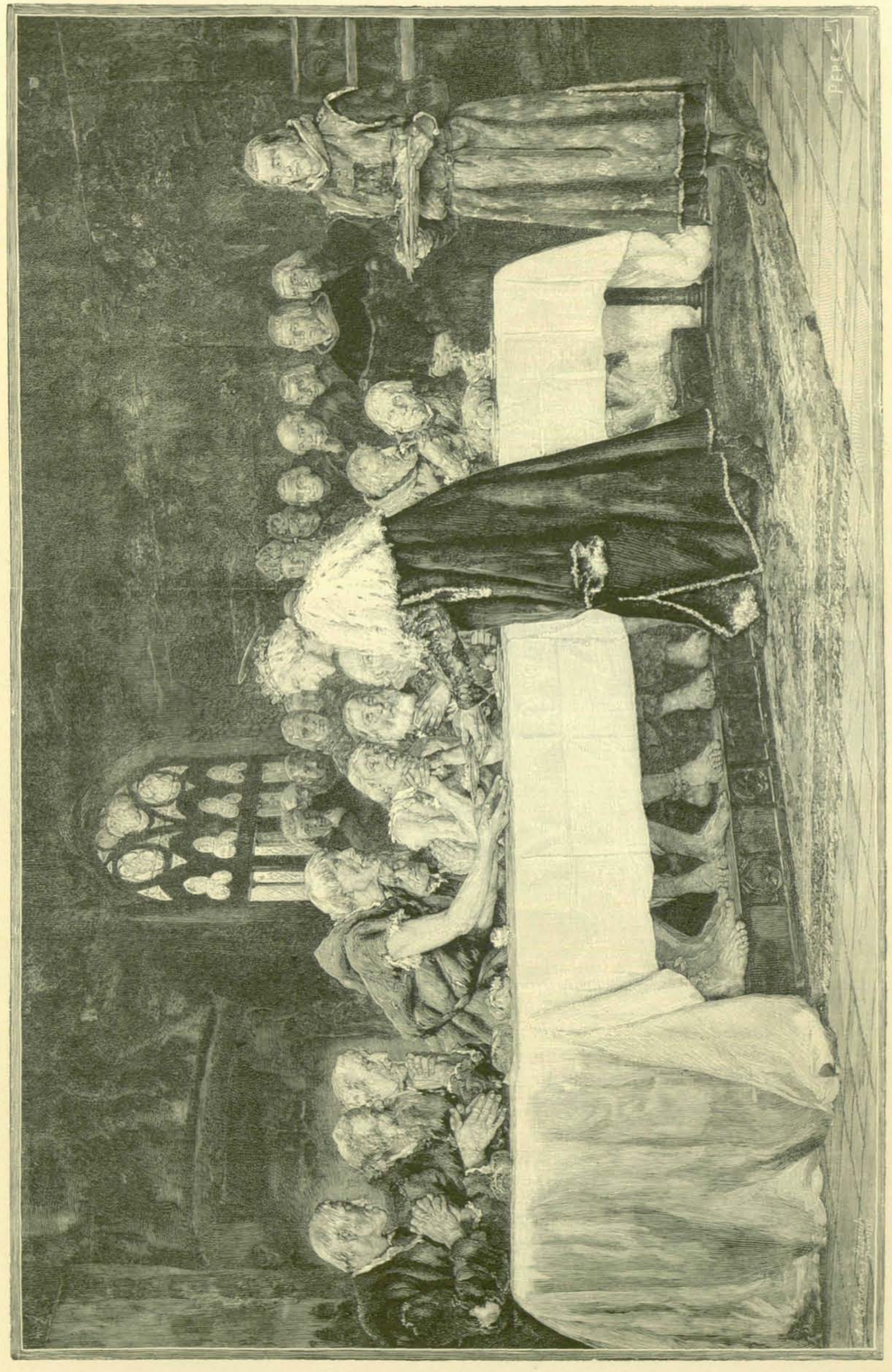
—Déjame contemplar este mar,—dijo Florencio,—somos antiguos amigos.

Las aguas, vistas desde aquellas alturas, adquirían una transparencia cristalina y al ver la incesante voracidad con que los peces mayores tragaban á los menores, Florencio exclamó: ¡Qué horror! El Criador juega con la vida



LA CUNA DEL GRUMETE, cuadro de A. Guillou, grabado por Baude

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



FERNANDO EL SANTO, cuadro de A. Casanova.

JINETES TUNECINOS, cuadro de Ch. Speyer

y la muerte en el agua, en la tierra y en el aire. Este espectáculo es repugnante.

—Lo es en efecto para tu criterio subjetivo,—replicó Belfegor.—El horror á la muerte y el amor á la vida y á todo lo que la embellece es común á todo lo que nace, crece y muere. Este es el móvil de las acciones de todos los seres que cada uno ejerce con arreglo á sus gustos y facultades para lograr el mismo fin. Lo que á unos daña, á otros aprovecha. Lo que para unos ojos es luz, para otros es oscuridad; de modo que ni la luz ni las tinieblas, ni el ruido ni el silencio, ni el frío ni el calor, ni lo dulce ni lo amargo, ni lo áspero ni lo suave, y por consiguiente ni el bien ni el mal, ni lo justo ni lo injusto, ni lo bello ni lo feo, ni lo perfecto ni lo imperfecto; nada, nada de esto existe por sí mismo, siendo por lo tanto todo ello efecto de criterios subjetivos diversos.

—Si eso es así cierto, como me lo parece,—repuso Florencio,—la teoría de Darwin, así como toda teoría racional, carece de base, pues si la perfección objetiva es desconocida para nosotros, el progreso que aquel sabio ha observado en la perfección de las especies queda reducido á una ilusión: y por lo tanto la diferencia entre el hombre primitivo y el actual carece de valor científico para el problema que se ha propuesto resolver. ¿No podrías tú descifrarme el enigma?

—Para que tú pudieras comprender ese enigma sería necesario transformar completamente tu ser; y eso, ni tú lo deseas, porque equivale á la muerte, ni está tampoco en mi mano.

Audax mortalis, ire ultra non poteris!

Apenas acababa Belfegor de pronunciar estas palabras cuando empezaron á presentarse á la vista las Antillas. Aquellos innumerables jardines flotantes cubiertos de tan rica y variada vegetación, iluminados por la vivísima luz del sol tropical y el reflejo del mar, ofrecían un cuadro de magia que exaltaba la imaginación.

Al descubrir Florencio en el grupo de las Lucayas una isla que parece una microscópica Italia: «He ahí,—exclamó,—la isla de Guanahani, la primera en que el inmortal Colón puso la planta con sus heroicos compañeros. En ella debía ondear eternamente el glorioso pabellón español sobre un monumento de bronce que recordase á las edades futuras este prodigioso descubrimiento.

Pero, ¡oh mengua! ¡Esa isla pertenece hoy á los ingleses! Al reconocer la Reina de las Antillas cerró los ojos y enmudeció. Un sentimiento de amargura oprimió su corazón. Allí había nacido Magdalena. Pero pronto Belfegor le sacó de su triste meditación diciéndole:

—Ahí tienes el gran Continente americano.

Florencio volvió entonces á hacer sonar la trompa épica.

—He ahí,—dijo, declamando en alta voz,—el grandioso teatro de las glorias españolas... Con la espada y con la cruz...—Basta, basta,—exclamó Belfegor,—el español fanático es insoportable. ¡La espada y la cruz! ¡Qué monstruosa alianza! Pero ¡la había exigido la otra de la cimitarra y la media luna. ¡Oh ceguedad humana!

—Ayer decía un amigo mío en el tono más solemne al cura de Bellamar: «el hombre ejerce sobre su conciencia una soberanía de derecho divino y todo atentado...»

Florencio le interrumpió diciendo:

—Pero, ¿la conciencia de un salvaje?...

—¿Y quién es salvaje á los ojos de tu Dios?

—El que ignora ó no quiere creer en la doctrina revelada.

—Pues á los ojos de la filosofía el salvaje es el que impone sus creencias á sus semejantes por medio de la fuerza.

—¿Y el que cierra los ojos á la evidencia negando la realidad de los hechos, no revela una mala fe que merece castigo?

—Ya te he dicho que los hechos no constituyen siempre prueba, y por lo tanto cada uno es libre de apreciarlos conforme á la impresión que hayan producido en su ánimo. Por lo mismo ese *no quiere creer* es antifilosófico, porque el que está persuadido cree aunque no quiera. Así tú ayer no hubieras querido creer que Magdalena se casase con el maestro y sin embargo lo has creído, tomando por verdad la mentira, pues Magdalena ni se casa ni se casará con el maestro.

—¡Cómo!—exclamó Florencio con los ojos vivamente animados.—¿Y aquel cuadro que me enseñaste ayer?

—Alucinación tuya.

—¿Y el cura al pie del Cristo?

—Idem; dormía entonces á pierna suelta, mientras que Magdalena sollozaba y derramaba copiosas lágrimas pensando en tu desvío.

Al oir esto Florencio fué súbitamente sobrecogido por tan fuerte emoción que perdiendo el equilibrio se desprendió de la mano de Belfegor; y una carcajada satánica resonaba en el espacio inmenso, mientras que el pobre Florencio atravesaba los aires con la velocidad de un aerolito. Pero en el momento mismo en que con el corazón oprimido y los ojos fuertemente cerrados iba á estrellarse en las cumbres del Chimborazo, dió un gran grito y se encontró

. . . . . .

sentado en su cama. Todo había sido un sueño.

. . . . . .

. . . . . .

Las campanas de la iglesia de Bellamar tocaban á misa y aquellas alegres vibraciones hacían volver poco á poco el ánimo de Florencio á la realidad de la vida. Se vistió con la lentitud del que medita sobre algún proyecto. Se cepilló y atusó más de lo que acostumbraba, se caló el chapeo, se miró al espejo y se dirigió á casa de Magdalena. La encontró en el jardín arreglando unas macetas de flores. Quedó al pronto atónita á la vista de Florencio, pero luego, movida por un feliz presentimiento, corrió presurosa á recibirle. Florencio, algo turbado por la emoción, le dijo:

—¿Es cierto que te casas con el maestro?

—Jamás he tenido semejante pensamiento.

—¿Te casarías conmigo?

—De mil amores.

Se dieron las manos y mientras Florencio corría á la iglesia, Magdalena, que era traviesa y sagaz, entraba gozosa en su casa diciendo:

—Indudablemente el violín es el rey de los instrumentos.

Florencio, después de pedir perdón al cura por su exceso de la víspera, que atribuyó á la exaltación de su ánimo, le participó su próximo matrimonio.

El cura, que era de carácter benévolo, le perdonó diciéndole: «Vale más casarse que abrasarse.»

Le ayudó Florencio según costumbre á la misa, y aquel día al ir á apagar las luces en el rostro del diablo se detuvo sonriendo: sopló y frotó los pábilos uno contra otro, diciendo:

—¡Hubiera sido demasiada ingratitud!

X***

DON RAMÓN PICATOSTE

(Conclusión)

—¡No está él mal *catredático!*—interrumpió el padre.—Si no le hubiera conocido yo... desde que era chiquitín, que vivía en la *caye* del Azafranal, pegando contra las monjas... ¿De quién crees tú que era hijo? Pues de un aguador, ¡ya ve V.! Sólo que entró á servir en casa de doña Nicanora, y como salió *pa eyo*, según decían, la señora le dió la carrera *¡y velay* como son las cosas! *¡Vaya* un *catredático!*... Le he conocido yo, yo mismo ir con la cesta á la compra, y *montao* en un burro iba por agua á la fuente de los Pastores... ¡ya ve usted!

—¡Bueno, padre! Pero déjeme V. hablar. El señor Cifuentes tiene un primo de Segovia, es decir, creo yo que debe ser primo porque lleva el mismo apellido; pues bien: á ese primo le dí yo cuando dirigí *La Trompeta de Vettonia* una buena paliza en mi periódico por una poesía llena de disparates que publicó en *El Eco del Real Sitio*. ¿Y sabe V. lo que ha sucedido? Pues que no pudiendo vengarse de otro modo, ha debido escribir al señor Cifuentes y han cometido conmigo una indignidad.

—¡Qué infamia, cabayero!

—Pero, ¿qué le han hecho á V.? ¿Le han criticado alguna de sus obras? ¿Le han dirigido ataques personales?

—¡Si no fuera más que eso!... Ya estoy acostumbrado á que se desencadenen contra mí; pero no me importa; yo apelo al juicio de la posteridad, y si mis contemporáneos no me comprenden, la posteridad me hará justicia.

—Pues no atino...

—¡Una indignidad sin ejemplo!... ¡Una infamia!... Me han suspendido en los exámenes de Derecho romano, á mí, al ex-Director fundador y propietario de *La Trompeta de Vettonia*... ¿Concibe V. vileza semejante? ¡Vergüenza da de que esto pase en Salamanca!

—¿Y V. hizo buen examen?

—Salí contentísimo. Pregunté V. á todos mis compañeros; me salieron dos preguntas de matrimonio y dije hasta las palabras que tiene que contestar el monaguillo, y hasta la Epístola de San Pablo. Como que estuve dos años de pequeño con mi tío el cura y siempre era yo quien le ayudaba. ¿Concibe V. ahora?

Yo concebía bien que el señor Cifuentes había hecho perfectamente en suspender á Picatoste, que no distinguía siquiera las ceremonias nupciales del Derecho romano de las establecidas por los ritos canónicos; pero me callé.

—No me falta más que averiguar si es cierto el parentesco del Cifuentes de aquí con el de Segovia; pero como lo llegue á averiguar me van á oir hasta los sordos. Y milagro será que no le cueste la cátedra á ese indecente. ¡No sabe él quién soy yo!

—No, lo que es como podamos – dijo el padre – no lo hemos de dejar así.

—Pero no es esto sólo,—añadió Ramón. – Hay algo más infame todavía.

—¡*Canayas!*—murmuró el padre.

—¿Más aún? – pregunté yo, por decir algo.

—Sí, señor, más; porque si la venganza del señor Cifuentes es vil, la del señor Estrada es... inicua y repugnante.

—¡Ya ve V., el señor Estrada! – interrumpió el padre. – ¡Vaya una pinta de *catredático!*... Nadie sabe de dónde ha venido, y tiene los pantalones con rodilleras, y gasta un gabán... en fin, una facha completa ¡Pues no digo nada de su hijo, que es la piel del demonio... ¿Y la suegra? ¿qué me dice usted de la suegra? ¡si es un esperpento!... Ya ve usted ¡cá! si le digo á usted que se ven unas cosas...

– Lo del señor Estrada es inaudito,—prosiguió Ramón.—Figúrese usted que cuando las últimas elecciones, que recordará V. se presentó candidato á la Diputación á Cortes por Vitigudino, el señor Estrada pidió el voto á un primo segundo de mi madre, y como estaba comprometido por la parte contraria, no pudo servirle. Yo no sé si el señor Estrada averiguaría que aquel elector era pariente nuestro; pero lo cierto es que si lo supo, se lo guardó bien guardado, y ahora, cuando vió llegada la suya, sin consideración á nada, en los exámenes de Literatura me suspendió también. Y ya ve V., me salieron nada menos que las obras de Alarcón y se las cité casi todas. *El Escándalo*, *El sombrero de tres picos*, *El niño de la bola*, *La Pródiga*, *Las novelas cortas*, *La guerra de Africa*... ¡de sobra que conozco yo á Alarcón! Pues, sin embargo, ¿sabe V. lo que me contestaron para aturdirme, viendo lo bien que yo respondía? Pues me dijeron que no era de ese Alarcón de quien hablaban... Ya ve usted. ¡Vaya V. á conocer todos los Alarcones que ha podido haber en el mundo! Le digo á V. que se veía la intención, y no hacían más que reirse para desconcertarme sin poderlo conseguir á pesar de tirarme á degüello.

—Eso choca al Dios verdadero, – dijo el padre.

—No crea V., yo debía ya haber sospechado algo, porque cuando dirigí yo *La Trompeta de Vettonia*, y eso que le apoyé en ella con todas mis fuerzas y hasta le dediqué un soneto en acróstico, lo que hace su infamia más negra todavía, todos los días me andaba con bromitas de mal gusto, sobre si la trompeta sonaba bien, si estaban flojos los pistones, y cosas por el estilo. Lo cierto es, que, fuera por envidia, fuera por lo de las elecciones ó acaso porque comprenda que el día de mañana le he de hacer sombra en el distrito de Vitigudino, ha lanzado un borrón más en mi hoja de estudios, sin gratitud por mis servicios ni consideración á mis trabajos como escritor, y sin atender al examen brillante que he hecho. ¿No es esto para sacar de quicio á cualquiera? ¡Oh! Yo le juro al señor Estrada que una vez ha representado el distrito de Vitigudino, pero que será la última ó dejo de ser Ramón Picatoste y Quijada.

—No te sofoques, hijo, no te sofoques, que á todos les *yegará* su merecido. Ya ves tú, la vecina de por bajo, tanto tiempo como hacía que andaba en trapicheos con el carnicero de la Lonja, ya sabrá V., el que se casó con la Juliana, la sobrina de aquel cura de Villarmayor, que se fué con el señor obispo pa *Seviya*...

—Déjenos V. de historias ajenas, padre. Harto tenemos con las nuestras.

—Pero si es *pa* hacer ver que en todas partes cuecen habas, y que más tarde ó más temprano...

—¡Si fuera eso todo! – suspiró Ramón.

—Pero, ¿hay más todavía?

—Sí, señor, aun queda el *Inri;* he sido crucificado como Cristo, y como á Cristo me han puesto el *Inri*. El señor Cordero...

—¡No está él mal cordero! Tigre y bien tigre debía *yamarse*. Y eso que todos son iguales, porque Dios los cría y *eyos* se juntan. A ese señor Cordero (mal lobo se lo coma), le conocí yo andando entre las suciedades de las Tenerías... ¡como que era hijo de un curtidor! Ya ve usted qué personaje *pa* gastar tantas *infulas*... V. debió conocer á su padre... aunque puede que no... porque su padre murió... ¡toma! pues fué el mismo día que dió á luz tu tía Gertrudis, ¿cuándo fué? el año... ¡por vida de mi memoria!... fué el año que quemaron las puertas... ¡justamente! El año 56... ¡no! no fué el 56... ¡déjate que me acuerde!... Si lo tengo en la punta de la lengua...

—Pero, padre, si eso no hace al caso...

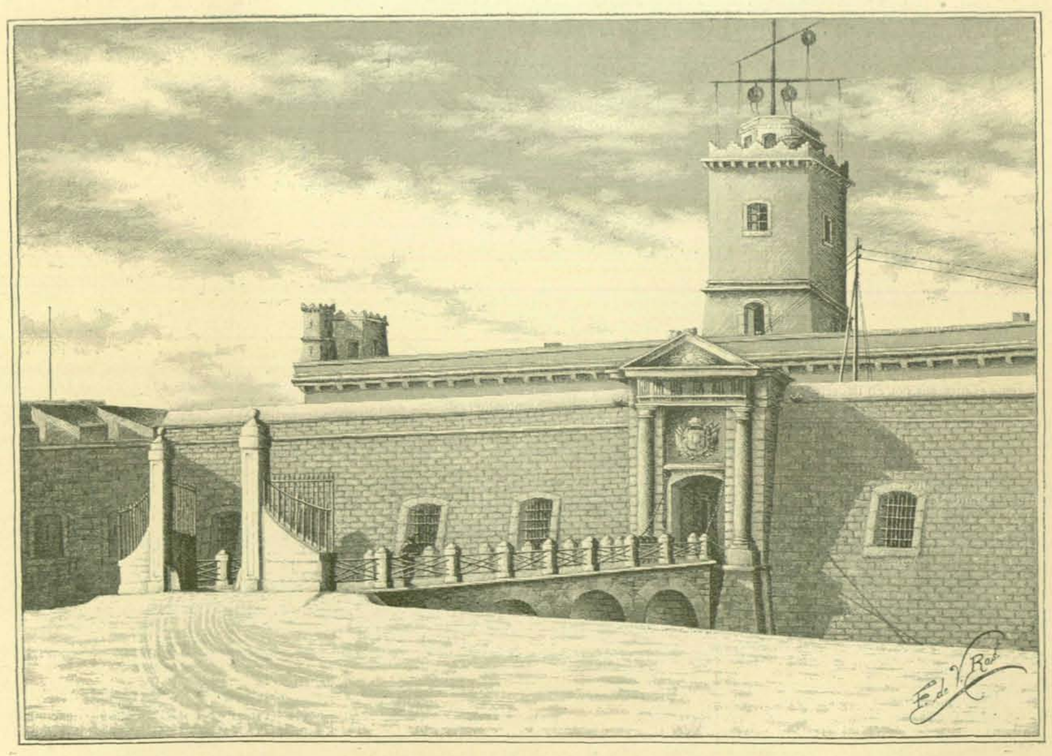
—¿Pues no ha de hacer?

—El señor Cordero, – prosiguió Ramón, – me ha hecho otra canallada. Después de haberle invitado á colaborar en mi periódico, y de haberle enviado el día de su santo una poesía de felicitación con un par de pavos...

—Los mejores que había en el Corriyo, cabayero. Treinta y siete realazos me costaron, que por más que regateé no los pude sacar ni un ochavo menos!... ¡Un par de alhajas, cabayero!... ¡Que no le hubieran *dao torzón* á ese Cordero (¡mal lobo se lo coma)!...

—Pues después de esto y de haber hecho un examen brillantísimo, como pueden decir Barrientos y Pispierna y Zorondongo, que van conmigo todas las tardes y á quienes se puede preguntar, el señor Cordero ha tenido la desfachatez de suspenderme en Historia Universal.

LAS HIJAS DEL MAR, cuadro de A. Delobbe



PUERTA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE MONJUICH, (Barcelona) dibujo de F. de V. Ros

—¡Infames! – rugió el padre. – Esa Universidad es una cueva de víboras...

—¿Y no sabe V. por qué? – añadió Ramón.—Vergüenza da decirlo: porque el señor Cordero hacía la corte á Luisa Corrales y me vió á mí una vez paseando en la Plaza con Montejo, que había sido su novio... ¡ya ve V. qué tiene eso de particular! Pues no puedo atribuirlo á otra cosa. ¿Le parece á V. que puede haber mayor infamia y que no es esto para ponerle á uno en el disparadero de cometer cualquier atrocidad? ¡Oh! Yo le juro á ese señor Cordero que me las pagará...

—¡Cálmate, hijo, cálmate! Que no merecen siquiera esos canayas el mal rato que estás *yevando*...

—De modo, – dije yo, – ¿que le han suspendido á usted en tres asignaturas?

—En todas las que tenía,—dijo sombríamente Ramón.

—Es sensible, y crean Vds. que lo lamento muy de veras, y que si en algo pudiera aliviarles...

—Pues á eso veníamos, cabayero.

—Estoy á la disposición de Vds.,—exclamé algo sorprendido.—Ustedes dirán en qué puedo servirles.

—Pues, muy sencillo,—dijo Ramón.—El favor que le pedimos á V. es que en el primer número de *La Tertulia* publique V. un artículo, con mi firma, en el que se contarán con todos sus pelos y señales las infamias que se han cometido conmigo, para que sepa el mundo entero quiénes son los catedráticos de esta Universidad, y quién es Ramón Picatoste.

—Amigo mío,—le dije seriamente,—lo siento mucho, pero me es imposible complacerle.

—¡Si va con mi firma!

—¡No importa! Yo le creo á V.; pero en estos asuntos la pasión entra por mucho, y cuando V. esté más tranquilo y reflexione, me dará las gracias por no haber contribuído á que se comprometiese V. gravemente.

—¿Ves? Eso mismo era lo que yo te decía, – exclamó el padre;—te vas á comprometer. Acuérdate de lo que le sucedió á Jeromo, el de D. Rufino; estaba yo trabajando en su casa, que por cierto no es donde viven ahora, sino en la *caye* de Bordadores, junto á la casa de las Muertes, detrás de las *Ursolas*, por bajo de donde vive *aqueya* costurera que va á coser á casa de D. Lucas, el comprador de granos de la Puerta de Zamora...

—Pero, ¿y vamos á dejar esto así? – murmuró Ramón sin escuchar á su padre, absorto en su reconcentrada ira.

—Es lo mejor que puede V. hacer. Yo se lo aconsejo.

—Pues yo juro que no se han de reir impunemente de Ramón Picatoste. ¡Vamos, padre! Acaso tengan ustedes razón: pero si hoy aguanto porque estoy debajo, ya *yegará* un día... Dispense V. la incomodidad.

—No hay de qué; ¡resignación y á estudiar con fe!

—¿Lo ves Ramón?—decía el padre, después de haberse despedido.—¿No te lo decía yo? ¡Si eres una pólvora! No te apures, hombre, no te apures. Ahí tienes, sin ir más léjos, á Pepito, el de D. Trifón...

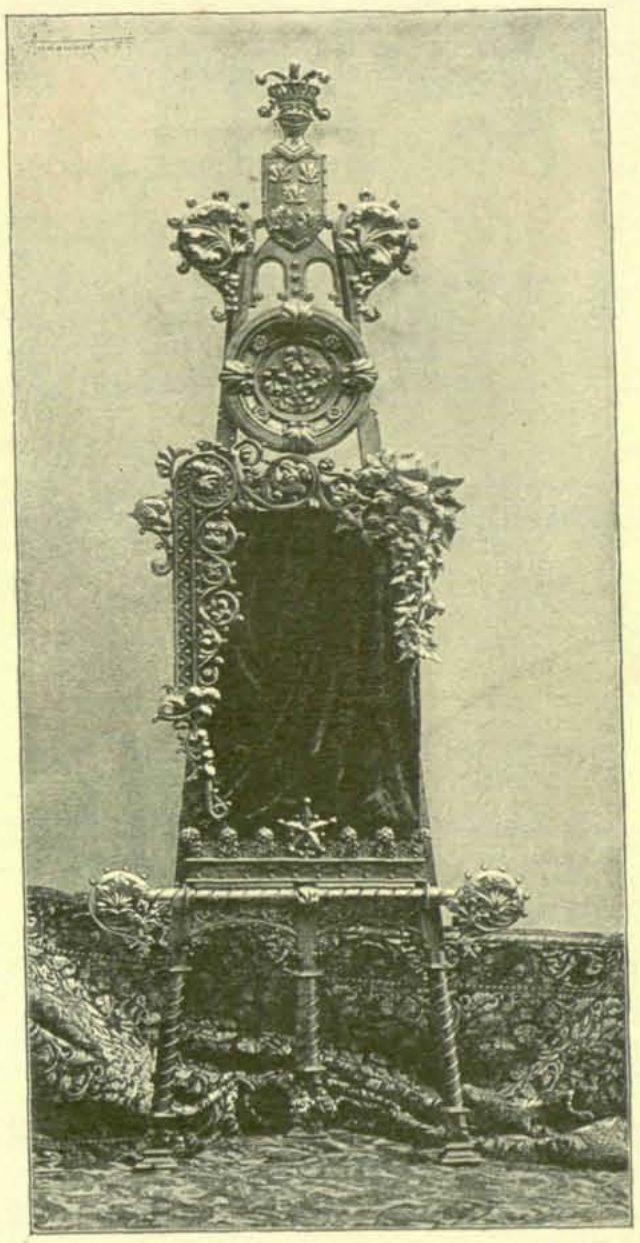
Fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos, mientras los Picatostes se alejaban discutiendo y manoteando.—¡Pobres gentes!—decía yo meditando sobre las consecuencias de una educación sobrado complaciente. —Si tal impresión les causaba un desengaño de exámenes, merecido después de todo, ¿qué sería cuando en la horrible lucha por la existencia, vieran derrumbado el edificio de sus más bien cimentadas aspiraciones?

VIII

Un rosario de desdichas

Ramón Picatoste terminó la carrera de Derecho después de ocho años de estudios y de multitud de notas de suspenso que dejaron bien curtida su impresionable epidermis estudiantil, aunque sin llegarle á convencer de que tales reveses fueran merecidos. Hoy le suspendían por sus opiniones políticas y mañana por sus creencias religiosas; tan pronto eran debidas las calabazas á la ojeriza que le tenía el profesor por no haberle votado un tío tercero de un primo segundo de su padre en las últimas elecciones, como á envidias y parcialidades literarias porque Ramón era de la escuela realista y entusiasta de Emilio Zola, mientras el catedrático era romántico furibundo, hasta el punto de gastar melena. Siempre había alguna causa influyente, algún motivo determinante del fracaso sufrido extraño á la conducta académica intachable de Ramón Picatoste, víctima de todas las injusticias y blanco de todos los rencores y de las más incomprensibles venganzas.

Ramón registraba en su memoria todas aquellas indignidades y se prometía hacerlas pagar bien caras, en cuanto se viese libre del «ominoso yugo» universario. ¡Qué de cálculos echaba, rodeado de sus amigos y parásitos en una de las mesas del centro del Suizo, para el día de su «emancipación! Entonces llegaría la suya y sabría el mundo entero quién era Ramón Picatoste. Entonces fundaría un nuevo periódico para hacer la guerra á todos aquellos «fósiles.» No sabían ellos «con quién tenían que habérselas.» Por de pronto, lo que es Estrada, podía darse por muerto en el distrito de Vitigudino; le había visto él, Ramón, en cierta ocasión merendando en la Aldehuela y bailando allí á más y mejor «como un descosido;» tenía con este motivo un artículo en cartera que había de ser para Estrada «el cachetero,» pues después de leerle no era posible que ninguna persona decente votase á tan ridículo personaje. ¡Le había de poner en caricatura! Ya le haría tragar los suspensos que le había dado. – Pues ¿y Cifuentes? Ese no contaba con la huéspeda y le iba á poner «de vuelta y media» cuando menos lo esperase; no se contentaba Ramón con menos que con hacerle perder la cátedra en cuanto subieran los sagastinos al poder; si creía el tal Cifuentes que no se sabía «la que estaba urdiendo» en casa del Marqués de Casa-Sánchez, ex-cabecilla carlista con título de nobleza pontificio, se engañaba «de medio á medio;» él, Ramón, sabía «*pe por pe y a por a*» todo lo que se tramaba por muy buen conducto, como que se lo había dicho la cuñada del novio de una hermana de la doncella de la casa; allí se reunía el señor Cifuentes con otras aves de mal agüero, y rezaban el rosario en voz alta y murmuraban de todos los buenos liberales, y hacían «otras cosas peores» que en su día se sabrían con todos sus pelos y señales ¡No! Las cosas no habían de quedar así, y Cifuentes, y Estrada, y Cordero, y todos «habían de acordarse» de Ramón Picatoste. ¿Qué se habían imaginado? ¿Que podían tratar «como á un *quisque* «al fundador propietario y ex Director de *La Trompeta de Vettonia*? «Allá veredes, dijo Agrages, y al freir será el reir.»



CABALLETE-MUEBLE DE SALÓN
composición de D. Francisco del Villar (hijo)

Ramón se licenció en Derecho, y aunque tentado estuvo á celebrar su licenciatura (después de dos suspensos) con «una que fuera sonada,» medio desarmado de su cólera porque al fin *vellis nolis* «le habían tenido que tragar» se decidió á aplazar la explosión de su venganza para cuando se hubiera doctorado. Quería demostrar antes á todos aquellos «gaznápiros» que si en Salamanca su mérito era desconocido, en Madrid donde no hay pasiones tan ruines ni envidias tan mezquinas, sabrían apreciarlo en su justo valor, y entonces cuando volviera á Madrid con su borla de Doctor y cuatro sobresalientes «como una casa» ganados «á pulso» entonces sabrían «más de cuatro» con quién tenían que habérselas. Hasta entonces, ¡chitón!

Y en efecto: Ramón hizo su equipaje, encargó cien tarjetas con su nombre y sus títulos Bachiller en Artes, Licenciado en Derecho, ex-Director, fundador y propietario de *La Trompeta de Vettonia* y repleto el corazón de esperanzas y la bolsa de doblones tomó el camino de Madrid.

¡Cuántas amargas decepciones sufrió en la corte! Creyó que su título de ex-Director de *La Trompeta de Vettonia* le abriría las puertas, y todas las puertas le fueron cerradas; juzgó hacer algún papel al verse en el café de Fornos rodeado de condiscípulos cuyas cenas, cafés, copas de Chartreuse y habanos pagaba y al ver el mimo con que le saludaban los mozos llamándole D. Ramón y dándole familiarmente palmaditas en el hombro, preguntándole por sus nuevas conquistas, y el papel que hacía el era de ser juguete de todo el mundo; creía que el gusto que tenían en acompañarle á todas partes algunos amigos nacía del afecto que le profesaban y del placer que recibían con su trato, y aquel gusto no tenía otra causa que el disfrute de los tranvías, de los simones y de los cigarros á costa de Ramón: presumía, al verse solicitado por fáciles hijas de Eva, que su figura y su conversación las cautivaba, cuando lo que le valía tan frecuentes triunfos era el desprendimiento con que á todas obsequiaba.

Tres años tardó Ramón en doctorarse, gastando en francachelas y calaveradas la herencia toda de su tío el cura. Al fin se vió hecho Doctor, y al recibir con la enhorabuena una lacrimosa carta de sus padres en que le confesaban al enviarle 25 duros, que eran los últimos que le quedaban y que para tener que comer había tenido su padre que volver á trabajar en su oficio de carpintero, Ramón sintió como una puñalada y comprendió toda la insensatez de su conducta. Quedábale sin embargo su título de Doctor y muchísimos amigos y se propuso sacar partido de uno y otro. Se contentaría con poco: un destino cualquiera de 12,000 reales le bastaría para empezar. Visitó á sus compañeros más influyentes, pero se le rieron en las barbas y le volvieron la espalda; gestionó ver á los Ministros, y nadie le hizo caso. Bajó de sus pretensiones, conformándose con cualquiera cosa; con tal de «tener para comer» se conformaba; luego «ya se las arreglaría él,» pero cada vez encontraba más dificultades y menos amigos.

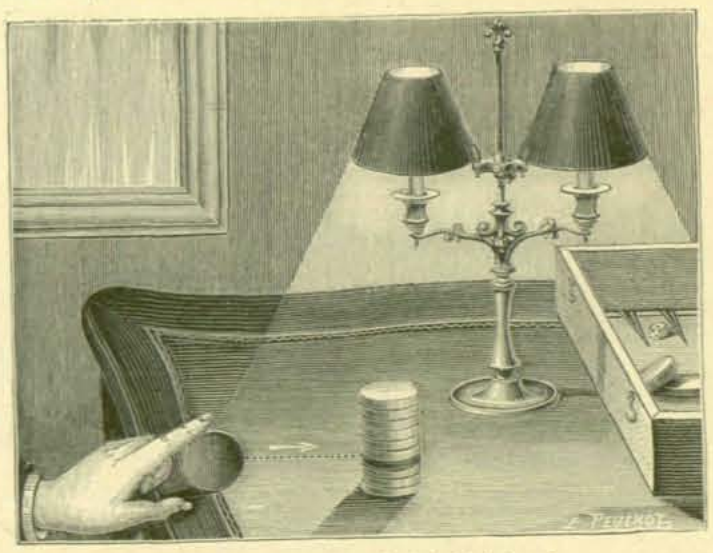
Desesperado ya con tantos contratiempos se entregaba á los pensamientos más lúgubres contemplando la última moneda de veinte reales que le quedaba después de haber vendido sus sortijas, alfileres de corbata, gemelos y reloj, y de haber empeñado sus prendas de vestir, cuando el portero de su casa, que conocía la situación del desdichado Doctor y la inutilidad de sus gestiones, y que tenía un hermano que afeitaba al Ministro de la Gobernación, le entregó la credencial de empleado de correos con 3,000 reales, en la Administración de Almería. Ramón tomó la credencial resignado y agradecido; pero aquel golpe le anonadó: el portero de su casa podía más que él; el hermano de un barbero conseguía para un extraño lo que él, Ramón Picatoste, Doctor en Derecho y ex-Director de *La Trompeta de Vettonia* no había podido conseguir para sí mismo... ¡Cómo está el mundo!

El portero, al verle tan aniquilado, procuró animarle diciéndole que había hablado al primo de un torero, muy amigo suyo, y que confiaba en que con la recomendación del torero no había de tardarse mucho en «sacar un buen destino.» Ramón, que estaba ya bastante gastado por los excesos cometidos y los disgustos soportados, no logró reanimarse con aquella esperanza, y murió poco después, de un acceso de melancolía, siendo enterrado en uno de los cementerios de la corte en el montón anónimo, sin llevar más acompañamiento que el del compasivo portero de su casa. ¡Pobre Ramón!

FERNANDO ARAUJO

FISICA SIN APARATOS

PRINCIPIO DE LA INERCIA. – Con las fichas de un juego de *jacquet* se forma una columna ó pila, y lánzase contra ella, vigorosamente y rodando, por medio del pulgar y del índice, otra ficha, que chocará contra aquélla de una de estas maneras: ya en el punto de contacto de dos fichas, en cuyo caso saldrán otras tantas de la columna; ó bien en el punto de contacto de una sola, como en el caso representado en el grabado, y entonces, sólo la ficha negra debe escapar, sin que las demás caigan.



Experimento sobre el principio de la inercia

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN